

vel del río, apareció envuelto en el hervor de las espumas un pañuelo de lino, blanco, diminuto, fino, enigmático, labor de quién sabe que mano delicada. Siguiendo el movimiento undívago del agua, el pañuelo era el adiós prolongado de una mano alejándose sin fin. Por un momento la prenda se detuvo asida a la arista de una roca. Corrí hacia allá pensando que me esperaba, y cuando lo creí seguro, cuando lo sentí mío, el pañuelo huyó de mí y se perdió lejos arrastrado por la corriente... No así en mi existencia: siempre que el amable rumor del río llega a mi oído, yo veo un diminuto pañuelo blanco que me dice adiós y que se aleja con la brevedad del agua.

¡Pañuelo, fugitivo pañuelito blanco!

LA HERRADURA

Su pie se encontró de improviso sobre una vieja herradura perdida en el sendero. Ella la recogió alegremente movida de infantil superstición y la colocó más tarde junto a su ventana, en la parte exterior del muro, bajo un tiesto florecido de verbenas; y desde entonces, ella sueña y espera confiada.

Un gusanillo asciende por el muro, y al abrigo del marco de la herradura, se enclaustra en su cámara oval. Semanas más tarde, el insecto rompe su celda y una mariposa de alas de esmeralda llevada por el viento, se esfuma en el confín. En la herradura apenas se advierten los rastros de la fugitiva, de la vagabunda, de la efímera, luciente esperanza que se perdió en el espacio. Esta mañana una nueva larva ha venido a asilarse en el interior de la herradura; todos los indicios son de que el turno le corresponde ahora a una mariposa azul que mañana, a su vez, irá a perderse en el horizonte sin fin, guiada por el viento.

Entre tanto, la linda muchacha sueña y espera confiada, cantando en su ventana a la esperanza y a la ilusión.

EL VERSO

Nos encontrábamos frente a un estante de libros viejos cubiertos de polvo. Ella tomó uno de cubierta de cuero amarillento y lo abrió al acaso. Era un tomo de versos escrito en quién sabe qué lengua que ninguno de los dos pudimos comprender. Ella corrió algunas páginas, y en la que había una estrofa ilustrada con un fragmento de ventana con tiestos de flores y una ligera tela de araña en un ángulo, apareció un ramito seco ceñido por un cintillo de seda de un color que pudo ser azul. Fijamos nuestros ojos con avidez en la página; pero inútilmente, la estrofa era un arcano; examinamos entonces el pequeño ramo, y poco a poco fuimos sintiendo que comenzába-

mos a comprender algo de aquella poesía escrita en lengua extraña; nos miramos el uno al otro e instintivamente nuestros labios se juntaron; y así unidos, nuestros corazones apuraron hasta el fin el contenido del vaso cincelado en un verso escrito en quién sabe que lengua y al que otras manos consagraron en un día feliz y ya lejano, un pequeño ramo que ellas mismas ciñeran amorosas con una cinta de seda que debió de ser azul.

LA ORACION

LLEGÓ frente al pequeño altar de la Virgen y colocó al pie un ramo de rosas frescas cortadas esa misma mañana. Se arrodilló con esmero y dijo con recogimiento una oración breve. Alta, sencillez el traje, gallarda, hermosa la cabeza, fino el perfil del rostro, morena, de grandes y lánguidos ojos oscuros, sus facciones eran una evocación de las aldeanas galileas portadoras de cántaros camino del pozo, al caer de una tarde de verano.

«Por mí» dijo y llevó su bella y nerviosa mano a la noble frente santiguándose con lentitud. «Ahora por él...» Y de nuevo la cruz de sus finos dedos bajó de la frente a la llama de los labios y de los labios al pecho, nido de un corazón, vaso de poesía y amor.

NUEVO VECINO

LA monotonía de nuestro barrio se ha alterado desde ayer en una forma muy grata. Sucede que un oficial de zapatería ha instalado su pequeño taller entre nosotros, y desde esta mañana el martillo está canta que canta.

Yo ví un hilo de agua que discurría silencioso por un cauce sin alteraciones. Un día de tantos una rama se detuvo en la corriente, y la hebra de agua se tornó cantarina en aquel punto, con los dejes apagados del martillo que cae sobre la plancha de acero cubierta por una piel de curtiembre.

El nuevo vecino conoce algunos trozos musicales de viejas serenatas y los silba al compás del martillo. Cuando esto ocurre, se diría que sobre la mansa corriente, en el sitio preciso en que la rama la corta, se desliza un rayo de luna.

EL CARDO

EN una humilde flor de cardo punzador una abeja libó esta mañana. Extraña paradoja encierra esta sencilla relación.

De la melancólica flor el insecto partió alegremente murmurando una canción en el espacio, con rumbo al colmenar lejano.

Adversa y cruel, la vida hizo de mi existencia erizado cardo... No te alejes

todavía; en el fondo de mi corazón —pobre corola que abatió la pena— guardo para el tuyo, ¡oh abeja de amor!, la más pura gota de miel.

SIEMPRE

ELLA misma en una mañana de primavera formó aquel nombre con semillas florales que depositó en la tierra al pie de su ventana.

Más tarde su mano destruyó con ceño el nombre, ya por entonces cubierto de flores.

Han pasado los años y sin embargo, siempre que ella abre la ventana, así en primavera como en invierno, el extinto nombre surge florido ante sus ojos evocadores.

EL ÁRBOL

HE vuelto a la risueña aldea cuya paz fué arrullo de nuestro idilio. Bajé otra vez al río y ¡ay!, encontré en ruinas aquel árbol amigo a la sombra del cual mi labio te nombró tantas veces con cariño. Se van secando ya las ramas y del antiguo feliz conjunto, ha ido desapareciendo todo, augurio de desolación y frío.

Quién sabe quién—acaso el viento, acaso un pájaro—realizó el milagro de depositar una semilla al pie del tronco: del germen, con ansias trepadoras, surgió un bejuco, y en el remate de la planta se columpia ya el ténue rosicler de la primera flor ornando en la altura el viejo tronco. ¿Es un dulce recuerdo de juventud acariciando la cabeza de un anciano? ¿Es un celaje de melancolía en el atardecer de una existencia?

EL DELANTAL

TE busqué en el cementerio esta mañana, azul claror de mi alma, y allí estabas en el fresco rincón que riega el cariño, velado tu semblante por un ensueño de verbenas, junto a la crucecita blanca.

Te llamé y me sonreíste con amor a través del fragante tejido de colores, del mismo modo que allá en otra mañana—en aquel despertar de la primavera—en que en vano trataste de ocultar la dulce emoción de tu alma cubriendo tu semblante con aquel lindo delantal de flores que desde entonces guardo muy cerca del corazón.

EL GRILLO

COMPARTO la soledad y el silencio de mi alcoba con un grillo amigo que desde el último invierno vive recluso en mi cuarto elevando a la noche su tímido salmo.

Si leo y mi compañero canta, su acento me hace la impresión de un índice que fuera guiando mi pensa-